

Habeas corpus

Todo era tan evidente que sospeché que había algo más.

Ahí me hallaba sentada en el banquillo de los acusados y en frente con absoluto poder: ella. Ella me miraba feliz, feliz por tenerme ahí, por poder hundirme, por ser testigo y precursora de mi final. A cada cosa que decía para defenderme ella contestaba con burla. ¿Cómo podía saber tanto? Me resultaba imposible alegar en mi propia defensa, aquella mujer estaba en posesión de todas mis debilidades, errores y equivocaciones.

Llegó un momento en el que comencé a responder a sus acusaciones llorando y disculpándome pero ¿disculpándome de qué? Yo no había hecho nada, yo era inocente ¿O no?

¿Nadie se daba cuenta? Todo aquello eran preguntas sugestivas, me conducía hacia un callejón sin salida, en el que como siempre, yo sería culpable.

Todo era tan evidente que sospeché que había algo más así que levanté la mira para ver a mi jueza y ahí, delante de mí, estaba yo.

Fue solo un segundo, volví a mirar al suelo, tragué saliva y sin dudarlo murmure:

- Habeas corpus-